

INSTRUCCION LAICA

I. LA ARGUMENTACION DE LOS INSTRUCCIONISTAS

Triste cosa es ver que en las polémicas de la prensa, en que sólo debiera guiarnos el más puro deseo de descubrir la verdad por medio de una honrada discusión, se jueguen armas prohibidas. En la cuestión, siempre renovada, de instrucción pública, nuestros adversarios acostumbran a atribuirnos malas intenciones, a adular nuestros pensamientos y desfigurar nuestras razones. Conducta tan censurable nos servirá, sin embargo, para demostrarle más y más al público sensato la sinrazón de los temerosos defensores de la instrucción laica.

Su primer sofisma consiste en confundir su funesto sistema de enseñanza con el amor a la educación. Consideramos la educación bien entendida como fecundo origen de moralidad y bienestar, y puntualmente por nuestro amor a la educación combatimos la instrucción laica como un sistema de enseñanza incompleto y funesto. ¿Qué diríamos del que dirigiese la educación física de los niños enseñándoles a ejercitar los pies en ágiles y graciosos movimientos, al mismo tiempo que mantuviese atadas sus manos? Del propio modo juzgamos, en lo moral, a los que pretenden desenvolver en todos los niños una sola facultad, despreciando y aun deprimiendo las demás. Horacio anunciaba en su tiempo la decadencia de Roma, porque veía que en las escuelas públicas sólo se daba importancia a las artes numéricas con menosprecio de los estudios liberales. Y nosotros, civilizados por el cristianismo, no podemos mirar con indiferencia que se vuelva al paganismo, y en él a un sistema reprobado por los mismos paganos de nobles sentimientos; que se considere enseñanza fundamental la de las operaciones de la aritmética, y secundaria y aun inconveniente, la de la religión; que se haga consistir la educa-

ción en recargar la memoria, sin dirigir la voluntad; no ilustrar la mente, sin formar el corazón; no podemos contemplar todo esto sin protestar contra los bárbaros novadores, sin presagiar la ruina de la sociedad moderna, con mucha mayor razón de la que tuvo Horacio para profetizar el derrumbamiento de la nación romana.

Pues bien, porque combatimos esa educación trunca y perversa, ese desequilibrio sistematizado de las facultades humanas, los defensores del aparato salvajizante nos pelean, con grande alharaca, enemigos de la instrucción pública. Adviertan, si es ceguera, y no mala fe, de lo que adolecen, que la Francia, apenas se concede la libertad de enseñanza superior, se cubre de universidades católicas; que en los Estados Unidos, a juicio de protestantes desapasionados¹, las que más prosperan, las más útiles de todas, son las católicas; que en Ecuador, bajo la administración de García Moreno, estuvo la instrucción pública en mejor pie que en los demás países de América española; a punto que ciertos escritorzuelos liberales, compasivos como Judas, juzgaban minada la prosperidad económica del país por el gran número de seres *improductivos* (laboriosísimos profesores) que mantenía el gobierno; que aquí mismo los obispos que combaten las escuelas laicas no descuidan el fomento de la instrucción sana: Hermanos de Escuelas Cristianas hay en Pasto; y es curioso ver a los mismos *instruccionistas* insultar al obispo de Popayán * porque retira al párroco del pueblo de Santander (Quilichao), y no caen en la cuenta de que procede así para castigar la indiferencia de vecinos que se resisten a cooperar a la fundación de una escuela parroquial². Antioquia, Estado católico por excelencia, es entre los de la Unión el único que no ha necesitado ni querido acogerse al sistema de instrucción

¹ En próxima ocasión aduciremos estos testimonios elocuentes.

* [El ilustrísimo señor Carlos Bermúdez]. N. del E.

² En *los principios* de Cali hallamos el dato siguiente: en solo el municipio de Cali concurren a las escuelas oficiales 265 niños a las que, haciendo una doble erogación, sostienen los oscurantistas, asisten 762.

del gobierno general, para establecerla sobre mejor pie por propia cuenta; el único de todos los Estados...*

No hay en toda la república, a lo menos que sepamos, fuera de los establecimientos oficiales, una sola escuela laica ni colegio fundados por liberales; mientras que [...] abundan, y los hubo de particulares en época en que la instrucción oficial estaba en manos del partido conservador. Entre los católicos está el interés por la educación que ha permitido y permite, en punto de vista industrial, la competencia de numerosos establecimientos siempre concurridos. Entre los liberales el odio al catolicismo mantiene en pie los establecimientos oficiales; pero ellos mismos, indudablemente, no tienen aquel celo, aquella afición a enseñar y aprender que crea y alimenta institutos particulares y escuelas libres.

Ante hechos tan concluyentes cierran los ojos los defensores de la instrucción laica y, cuando combatimos su desatentado sistema, vocean ¡A ellos! ¡a ellos! ¡a los apagadores de la luz! ¡a los demolidores de escuelas!".

Fundándonos en documentos masónicos harto conocidos, hemos dicho que la instrucción laica es un instrumento de que se han apoderado, maravillosamente adecuado a sus fines, los francmasones, para corromper la sociedad. Y al punto nuestros adversarios, poniendo "instrucción" donde escribimos "instrucción *laica*": nos atribuyen la donosa especie de que "la instrucción es obra masónica"; nos preguntan con la mayor frescura si creemos que Horacio Mann y Washington fueron agentes de las logias; y se dan por victoriosos después de rebatir la nunca imaginada proposición que, truncando y desvirtuando frases, sacan de nuestra pluma (*Diario de Cundinamarca*, 13 de julio). Y añadiendo a la réplica fraudulenta la impostura histórica suelta

* [El ejemplar de la Biblioteca Nacional, que es el único que hemos podido consultar, no obstante las gestiones realizadas en bibliotecas del país y del exterior, presenta algunas mutilaciones que hacen imposible la lectura completa de este texto. Aquí aparece la primera laguna, de una línea. Las demás se indican en el lugar correspondiente]. N. del E.

de paso el controversista la especie de que fue masón, ntre otros, Bolívar; Bolívar, que no sólo no perteneció a l franc-masonería, sino que de ella se burlaba y llegó a creer a [...] funesta a la sociedad, como se ve en documentos que, publicamos en otra ocasión y que reproduciremos s el articulista quiere leerlos.

Consideramos la instrucción laica en el aspecto religioso y social; y al punto nuestros adversarios, empeñados en interpretar intenciones, nos apellidan "demagogos" llenos de "pueril furor", y asientan como cosa averiguada que bajo la bandera de la religión encubrimos políticas ambiciones y pasiones banderizas.

¡Necios! Lo mismo, con las mismas razones, debier n decir del Papa, que ha condenado la instrucción laica: lo propio, por idénticos motivos, de todos los obispos ca ólicos, de todos los hijos fieles de la Iglesia que sigue por deber y por convencimiento las pisadas de la Santa sed . Por la fuerza de la lógica, la imputación tiene que ampliarse, y ampliándose se descubre toda la insensatez e la osada tergiversación.

Si nuestras razones son argucias sugeridas por ma disimulada ambición, no debieran concordar, como concuerdan en un todo, con los argumentos que esfuerza en todo el mundo la filosofía católica contra el sistema infanticida.

Traigamos un ejemplo. Véase cómo arguye el clero chileno. Copiaremos en seguida casi *in integrum* uno de los artículos que a este asunto ha consagrado el *Estandarte Católico*, diario que redactan en la capital de Chile ilustrados eclesiásticos bajo la superior inspección del arzobispo de Santiago.

Léase este artículo y dígame si no es exactamente la misma doctrina la que sostienen los obispos colombianos. En Chile se trata de dar a las escuelas públicas carácter laico; en Colombia lo tienen; allí el clero combate la novación intentada, con las mismas razones con que aquí la impugna establecida. ¿Y ha habido quien tenga en Chile la audacia de atribuir al clero miras revolucionarias, por-

que sostiene en punto a escuelas la doctrina tradicion l de la Iglesia?

El deber del Valparaíso, redactado por la pluma há il, pero no guiada por la verdad, de un compatriota nustr , contestando a *El Estandarte*, comete la vulgaridad dé llamar enemiga de las luces a la Iglesia, a la maestra de los pueblos civilizados, que cuenta por creaciones suyas l universidad y la escuela, donde hoy mete la mano la impiedad para mutilar la educación. *

Por último la guerra contra las escuelas laicas ha principiado furiosa en el país que, por la amplia liberalidad de sus instituciones, se creía a cubierto de tal propaganda, en los Estados Unidos".

¿Cómo explica *El Deber* este fenómeno? Ya lo hemos dicho, recurriendo a la vulgaridad del ignorantismo de la Iglesia. En el mismo sentido discurre el *Diario de Cundinamarca* de ayer, llegando a tratar de imbéciles a las madres católicas, porque no quieren que sus hijos reci an una educación viciosa. ¡Dichosa imbecilidad! Honorífico insulto para las matronas colombianas.**

¿Dónde estaba el fatuo liberalismo cuando la Igle ia fundaba la Universidad de Oxford, en 895; la de Cambridge, en 975; la de Salamanca, en 1200; la de Montpellier , en 1289; la de Coimbra, en 1250; la de Heidelberg, en 1346; la de Praga, en 1348; la de Lovaina, en 1429; la de Glasgow, en 1453; la de Copenhague, en 1498; la de Alcalá en 1517, etc., etc.? ¿Dónde estaba el liberalismo cuando la Iglesia establecía en esta capital los dos colegios mayores de San Bartolomé y el Rosario? *Equidem natus non erat*. ¿Y qué es lo que ha hecho este liberalismo pedantesco, sino demoler o usurpar?

Pero al fin y al cabo *El Deber* reconoce el hecho de que en todo el mundo el catolicismo, que él llama clericalismo, hace la guerra a la instrucción laica. Y a este punto, a esta confesión importante llamamos por hoy la atención

* [Lo que sigue aquí, alrededor de 20 líneas, es ilegible en el ejemplar de la Biblioteca Nacional]. N. del E.

** [Faltan 6 líneas]. N. del E.

de los colombianos y en especial de los hijos del Cauca, para que vean cuán absurdo es explicar la conducta de la Iglesia universal por intereses políticos de un momento dado y de una localidad cualquiera.

Que la instrucción laica, forma moderna de vieja persecución, sea en determinadas circunstancias, la gota que colma la copa del sufrimiento en pueblos católicos largos años tiranizados, esa es cosa diferente. En todo caso los oispos que condenan el sistema que va a corromper al hombre en la infancia, no habrán hecho sino cumplir la más sagrada obligación obrando conforme al espíritu de verdad y justicia que ha animado a la Iglesia en todos tiempos y lugares.

II. CONFESIONES Y PROPÓSITOS DE LOS INSTRUCCIONISTAS

Habiendo hablado de Chile, deberíamos hablar ahora de los Estados Unidos, para evidenciar la unidad de pensamiento y de acción de todos los católicos en orden a instrucción pública, mostrando así cuán lejos está de ser excepcional la conducta del episcopado colombiano. Pero antes de pasar a ese examen interesante, tenemos que salirle al paso al *Diario de Cundinamarca*. El carácter de director de instrucción pública, de que está investido el señor Enrique Cortés, presta mérito a los recientes artículos de este caballero, para que por ellos podamos juzgar, hasta cierto punto, de las tendencias del sistema instruccionalista en Colombia.

Hay dos clases de liberales y de francmasones. Sacudiendo todos ellos el yugo suave de Jesucristo, corren por lógica pendiente al escepticismo en filosofía y al cinismo en moral. Otros, tímidos y galantes, se horrorizan del grosero materialismo y se mantienen como en el aire, indecisos, en un ostensible y estéril espiritualismo. A este segundo grupo pertenecen los señores Ancizar* y Cortés, ecléctico y cousiniano el primero y el segundo, según ahora

*[Manuel Ancizar]. N. del E.

se declara, mazziniano y gambettista. Jamás se resignarían sus manos a empuñar la tea incendiaria, pero, recubiertas de fino guante, no dudan trabajar con las de comunistas e internacionalistas, en nombre de la fraternidad universal, en el templo del mal, simbólicamente dedicado al Grand Arquitecto del Universo.

¿Qué podemos esperar los católicos colombianos de espiritualistas que se declaran discípulos, de Gambetta de Mazzini? Lo que han podido esperar los católicos, europeos de los mismos Mazzini y Gambetta en persona, *mutatis mutandis*, pues los imitadores, sin los talentos del maestro, aspiran a menudo a compensar su inferioridad mental sobrepujándole en fanatismo.

El señor Cortés no quiere la enseñanza atea, porque reconoce que el ateísmo salvajiza. Pero, erigiéndose en árbitro de la cantidad y calidad de instrucción religiosa, no le gusta desde luego la enseñanza católica, porque "contiene gran número de creencias y supersticiones, que en su opinión son nocivas", y porque las opiniones del señor director de instrucción primaria son "reconocidamente adversas muchas de las creencias y prácticas católicas".

El señor Cortés y los que con él piensan toleran, y aun ha sostenido el primero, que los sacerdotes puedan entrar a las escuelas y enseñar en ellas la doctrina católica, porque, no siendo posible ejecutar la obra de un golpe, hay que ir por grados afianzando el sistema. Principian por quitar el miedo a los padres y madres de familia, en su mayoría *notoriamente imbéciles* según la expresión modestísima de otro colaborador del *Diario*. Este mismo colaborador, reproduciendo la comparación de Lucrecio, nos dice que la enseñanza religiosa tolerada es el azúcar con que se endulza la pócima que quieren administrar a la juventud. Los señores Galindo y Colunje,* espectadores, en el *Diario de Cundinamarca* de ayer, protestan contra esos rodeos, no quieren desatar el nudo sino cortarlo. Pero el señor Cortés, que es uno de los directores de la maniobra, palpa las di-

* [Anibal Galindo y Gil Colunje]. N. del E.

ficultades de bogar contra la corriente, de la opinión, la cual, y no la cartilla de los ideólogos, debiera servir de base a la legislación de un pueblo representativamente constituido. La confesión del señor Cortés en este punto es importante, dice así:

Este es un callejón sin salida, que ni el más intrépido liberal puede salvar. Llevar a puro y debido efecto la escuela laica en toda la nación implica el llevar los batallones de la guardia a disolver el seminario oficial de Antioquia. Y por de contado que tal conducta, aunque no dudo que sobre el papel sería justificable en vista de la constitución de Rionegro, sería en la práctica una inexcusable locura. Más vale rodear que rodar, es un sabio precepto que *El Tradicionista* atribuye como lema al señor doctor Aricizar.

Se ve, en suma, que los señores Ancizar y Cortés y su grupo quieren ir por grados; los señores Galindo, Colunje y otros, son más impacientes y desean que se cierre de una vez la puerta de la escuela a Cristo, porque por medios lentos "no se marcha en ningún camino", dice el señor Galindo, "sino que se mantiene armado el antagonismo perpetuo entre dos principios irreconciliables y se agita a la sociedad estérilmente". "Excusado es manifestar (dice también el señor Galindo), que el carácter franco e independiente y las *creencias anticatólicas del señor Cortés* abonan su sinceridad". De Suerte que, disintiendo en los medios, todos los instrucionistas liberales están de acuerdo en el fin. Todos ellos se proponen descatalizar el pueblo. Tal ha sido desde un principio nuestro aserto, confirmado, como acaba de verse, por las recientes publicaciones del *Diario de Cundinamarca*.

Las confesiones del señor Cortés contra la enseñanza atea llevarían su razón a aceptar de buen grado, y no como concesión mal intencionada, la enseñanza católica en las escuelas, si su corazón no abrigase desgraciadamente tanto y tan gratuito odio al catolicismo.

Obrando libremente, no constreñido por la opinión pública, el señor Cortés mandaría enseñar religión en las escuelas, porque el ateísmo salvajiza, pero no la religión ca-

tólica, porque es errónea a su juicio. Mandaría enseñar verdadera religión. Pero he aquí el gran problema: ¿cuál es esa religión verdadera? ¿Qué árbitro sapientísimo lo decide?

¿Ese árbitro será un individuo o una colectividad? Y si es un individuo, ¿podrá serlo el señor Cortés o el señor Ancizar, por ejemplo? Y si es una colectividad, ¿podrá serlo el partido liberal de Colombia?

Ociosas cuestiones e hipótesis ridículas. La religión verdadera es cosa divina y no delirio de la orgullosa razón individual, ni capricho de tiranos, ni voluntad de veladas multitudes. Un hombre no puede aspirar, si no está demeramente, a erigir en dogmas universales sus particulares opiniones. La razón, sobre falible, es impotente para hacer revelaciones sobrenaturales: No hay razón privilegiada con derecho a imponer creencias. No hay hombre individualmente ni hay sociedad humana, que tenga de suyo autoridad para establecer el dogma y la moral y su falta de títulos se patentiza, desde luego, en su impotencia para resolver los grandes problemas sociales. Pongamos de ello un ejemplo. No hay orden ni moralidad allí donde la propiedad no sea respetada. Mas ¿qué razón tienen los pobres de respetar la propiedad de los ricos? Por impotencia, por falta de fuerza colectiva, por temor del castigo podrán abstenerse de robar. Pero necesidad no es razón. El día en que puedan levantarse en masa y adueñarse de los bienes ajenos y vengar su miseria y sus dolores matando a los ricos, ¿qué razón tendrán que los *obligue* moralmente a no robar y a no matar? ¿Qué doctrina humana habrá poderosa a impedir que germinen en las masas pensamientos de rapiña y de venganza? ¿Quién es el que tasa la ambición de los grandes y la envidia de los pequeños? La moral humana trata de consolar a los pobres diciendo que la riqueza es obra del trabajo, pero esta doctrina no satisface al que come un pan negro, amasado con el sudor de su frente, y ve que otros holgazanes nadan en la opulencia. Sólo la religión enfrena con sus divinas amonestaciones, consuela con sus promesas inmortales. El señor Cortés nos dice que sus maestros Mazzini y Gambetta enseñan tam-

bién que "la felicidad no es el fin del hombre en esta vida", Y ¿podrán ellos extinguir en el corazón del hombre el legítimo anhelo de felicidad? Y a los que se resignen a no tenerla en esta vida, ¿qué les prometen ellos en cambio? ¿Dónde están los títulos de su misión? ¿Cómo garantizan la verdad de sus promesas? ... ¡Palabras, palabras!

El señor Cortés nos cuenta cómo en 1872 ensayó formar un credo religioso para las escuelas, se queja de la oposición que suscitó su temeraria tentativa y confiesa el fracaso que sufrió. A nada menos aspiraba el señor Cortés que a fundar una religión a su acomodo. Jesucristo mismo compendió la Ley y los Profetas en estos dos mandamientos: "Amarás al Señor tu Dios de todo corazón y de toda tu alma y de todo tu entendimiento"; éste como "mayor y el primero mandamiento"; y el otro es: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"³. Y enseñó también el Redentor: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también con ellos"⁴. El señor Cortés tomó el Decálogo, lo mutiló y luego lo compendió, no ya en los dos grandes mandamientos de amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, sino en esta máxima: "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti", máxima, aunque excelente, que conoció el paganismo y que difiere mucho del anchuroso y positivo precepto evangélico que dejamos transcrito. Al Decálogo trunco, y epitomado en una máxima de filosofía pagana, añadieron los señores Cortés y Ancizar el Padre Nuestro, pero no dieron el pase al Ave María. Tal fue el código confeccionado por esos dos caballeros para las escuelas públicas. Hicieron lo que hacen dos protestantes cuando se reúnen para formar un nuevo credo: tomar de aquí y allá, quitar y poner lo que les place, según el libre examen, como se arreglan dos negociantes para formular las cláusulas de un contrato. Así se han hecho todos los credos protestantes, así hicieron el suyo los señores Ancizar y Cortés,

³ MATTH., XXII, 37-40.

⁴ Id., VII, 12.

quien todavía no acaba de entender por qué llamamos protestantismo la enseñanza que ellos pretendieron introducir y achaca el clamor que se levantó contra su pretendida autoridad a "intolerante y salvaje fanatismo".

Este salvaje fanatismo consistía en juzgar absurda y atentatoria la pretensión del director de instrucción pública a erigirse en infalible reformador de la fe y la moral. ¿En dónde estaban sus títulos a tan encumbrada cátedra? No los tiene mejores el señor Cortés acá en un rincón de América, que el facundo Padre Jacinto o el erudito Doellinger en la culta Europa; Doellinger y Loison han sido objeto de general rechifla, porque el siglo de los reformadores pasó irrevocablemente. Hoy no caben términos medios entre la Iglesia católica y la incredulidad.

La Iglesia católica no enseña en virtud de autoridad humana alguna, flaca de suyo e ineficaz, sino en cumplimiento de la misión divina, que fió Jesucristo a sus Apóstoles diciéndoles: "Id y enseñad a todas las gentes".* Y las turbas oyen y siguen oyendo a Jesucristo y maravillándose de su doctrina, porque les enseña como quien tiene autoridad⁵. Jesucristo es, como dice San Pablo, el fundamento del edificio católico; la audaz impiedad pretende conminar esa base divina, pero poner en su lugar otra autoridad dogmática, individual o colectiva, como lo soñaron los señores Ancizar y Cortés, es sacrílego delirio ajeno al espíritu de nuestro siglo. ¿Y habíamos de llevar en paz semejante ensayo en nuestros raquícos instrucionistas?

Habiendo fracasado su autoridad dogmática individual, el señor Cortés se resigna a tolerar por ahora la enseñanza católica, no sin esperanza de sustituirla muy pronto con la autoridad dogmática de una colectividad. Mal recibida la infalibilidad personal, propone ahora la infalibilidad del partido político a que pertenece. Oigámosle:

Juzgo que se acerca el momento en que el partido liberal ha de verse obligado a formular su profesión de fe en materia religiosa y

* [Marth., 28, 19]. N. del E.

⁵ MATHA., VII, 28-29.

moral. El espectáculo de los abusos del clero católico ha diseminado un espíritu de indiferentismo religioso, que conduce directamente al culto de los intereses materiales. Esta tendencia, que hace preponderar en primer término el conflicto de los intereses individuales, produce la anarquía en política y el egoísmo en moral; las creencias se van, los sentimientos se amortiguan y sólo quedan en pie los apetitos.

El partido liberal se halla en este punto anarquizado por muchos se piensa que cerrar los ojos y no pensar, o aceptar el materialismo, son artículos del programa.

Decía Federico Bastiat que la necesidad de las creencias es la primera necesidad de los jóvenes. ¿En qué creemos? He aquí la cuestión del porvenir. Los intereses individuales dividen, las creencias enlazan. El partido liberal necesita una bandera elevada bien definirla, que lo fortifique y compacte. ¿Cuál será ésta? ¿Cómo se formulará?

Aquí vuelven las confesiones importantes junto con las extravagancias increíbles. Confiesa el señor Cortés que el liberalismo, combatiendo a la Iglesia, lleva al materialismo y convierte a los hombres en brutos. ¿Qué remedio? Hacer las paces con Jesucristo y su Iglesia, diría cualquier . No, señor; el señor Cortés propone que el partido liberal, de político, se torne teocrático, que *formule* un credo religioso y lo imponga a la nación. ¿Cómo se formulará? El señor Cortés acaba su artículo con esta pregunta. Los partidos políticos manifiestan su voluntad en asambleas y, si están en el poder, mandan por medio de leyes. Mandan, pero no dogmatizan; hacen leyes, pero no hacen la fe ni la moral. ¿Cabe imaginar que un congreso decreta hoy un dogma, que por otro decreto puede derogar mañana y que otra asamblea puede negar decretando lo contrario? ¿Se hallarán creyentes para dogmas que así se decretan, se derogan y contradicen? Los mismos enemigos de la Iglesia jamás han llegado a imputar a los concilios despotismo tan absurdo como el que el señor Cortés desea atribuir a los congresos liberales. Hobbes, el panegirista del despotismo, quiere que el soberano legisle aun sobre puntos científicos, diciendo si dos y tres son cinco o no y que a su voluntad se sometan las inteligencias. El señor Cortés pretende que un

congreso liberal falle si existe o no existe Dios y que a su resolución se sujeten las conciencias. Ya se ha visto el caso: un congreso liberal decretó entre nosotros que la verdad filosófica y moral estaba contenida en las obras de Jeremy Bentham y Destutt de Tracy y así formuló el credo del partido liberal. El señor Cortés no se sometió a ese credo, si hemos de estar a sus protestas de espiritualismo, e hizo muy bien en no someterse. El mismo señor Cortés confía a que *las religiones no son manufactura*. Pues si esto es así ¿cómo quiere que el partido liberal manufacture una religión que sea espiritualista (porque él así lo manda) y que los sensualistas, que son la mayoría del partido liberal, se sometan a esta manufactura, cuando él no se ha sometido al credo utilitario, que ellos han decretado y que está viva gente?

Horrorizado del ateísmo y aborreciendo al catolicismo, el actual director de instrucción primaria querría hacer aceptar su autoridad individual en materia de fe y costumbres, y no habiéndolo logrado, propone que se acepte la del partido, siempre que su partido legisle conforme a sus opiniones. Tal es la modesta doctrina del señor Cortés. Excusado es comentarla.

Por lo demás no diga el señor Cortés, no diga el *Diario de Cundinamarca* que los católicos tememos la instrucción. Los estudios científicos, si se hacen de buena fe, llevan a la verdad católica y son canales por donde a menudo se comunica la gracia. Sabemos con Bacon que estudios superficiales llevan a la incredulidad y estudios profundos a la religión. Innumerables convertidos en esta época han venido de las clases científicas. El gran movimiento católico de Inglaterra en este siglo ha sido, dice un historiador, "resultado de la ciencia unida al talento y a la buena fe". Hombres como Newman, el primer escritor inglés hoy en día, se convirtieron al catolicismo en medio de los libros, en el remedio de universidades tan sabias como la de Oxford. Y hablando Wiseman⁶ de la conversión de sabios alemanes dice:

⁶ *Conferencias sobre las principales doctrinas*, etc. Conf. I. Traducción castellana, Madrid, 1851.

Rara vez ha transcurrido un año entero, y esto desde hace ya mucho tiempo, sin que la religión católica haya tenido que volver a abrir sus brazos para recibir a algunos personajes eminentes, que entre sus conciudadanos gozaban de gran celebridad y de una aventajada reputación de ciencia y de capacidad. Eran muchas veces hombres que ocupaban los puestos más elevados, sobre todo en las universidades protestantes. Pues bien, muchos de ellos nos han dado a conocer en sus escritos los motivos que les han conducido al catolicismo. Si recorréis estas relaciones, esta especie de cuenta que dan de su conversión, hallaréis en ellas cualidades que no son frecuentes entre los escritores de nuestra patria, lo serio de la narración con lo profundo de las reflexiones y la fuerza invencible y claridad de los argumentos. Pero lo que deseo que noté es la variedad de los motivos expuestos por los autores, motivos tan diferente como la ocupación a que se dedicaban. Uno, que había hecho de la historia la ocupación de toda su vida y que enseñaba este ramo de nuestros conocimientos en una de las principales universidades alemanas, nos asegura que se convenció de la verdad del catolicismo por la simple aplicación de los principios sólidos de la ciencia a los hechos referidos en los anales de los pueblos europeos⁷. Aquel apoya sus argumentos en los principios mismos de la filosofía del espíritu humano; he descubierto, nos dice, que la religión católica es la única que ofrece un sistema de filosofía, que responde a todas las necesidades del hombre. Otro sintió inflamarse su entusiasmo en favor de esa misma religión llegando a este resultado, a saber, que en ella exclusivamente está el principio de todo lo que es bello en el arte y en la naturaleza⁸. Eh un autor de economía política leeréis que, habiendo hecho un estudio profundo de esta ciencia, se convenció de que sólo en el catolicismo es donde ella tiene principio estables y esta conclusión le condujo a la adopción práctica del símbolo católico⁹. Aun hallaréis quien en ese drama sangriento de la Revolución francesa, que tantos otros invocan cómo una prueba irrefragable del poder-desmoralizador de la Iglesia romana, encontró el catolicismo y su nueva fe inspiró a su ingenio bellísimos tratados acerca del derecho social¹⁰.

⁷ El doctor Philippe, profesor en Berlín y después en Múnich.

⁸ Stolberg, Schlegel, Weith, Molitor, Bautain, etc.

⁹ De Coux, *Primera lección de economía política*.

¹⁰ Adato Müller.

Entre nosotros tenemos un ejemplo semejante en la conversión del señor Echeverri, persona cuyo saber nadie revoca a duda, quien, leyendo a Proudhon y profundizando la ciencia social, se sintió fuertemente atraído al catolicismo, a donde ha vuelto con grande alegría de los católicos colombianos que deploraban sus errores al mismo tiempo que admiraban sus talentos.

No es, pues, la ilustración lo que rechazamos, sino ese sistema de enseñanza frívolo, imperfecto y vicioso, es pública, persistente y escandalosa negación o prescindencia del Autor de toda ciencia en las escuelas y universidades oficiales, en medio de un pueblo eminentemente cristiano. Y para probarle al señor Cortés y a los instrucionistas que la instrucción laica *por sí no moraliza*, le citaremos para concluir (pues nos hemos extendido demasiado) lo que a este propósito dice Herbert Spencer, escritor cuya autoridad no rechazará el señor Cortés, una vez que, citándolo por su parte, le ha apellidado "el eminente filósofo moderno" Dice así el autor de la *Introducción a la ciencia social*:

La confianza en los efectos moralizadores de la instrucción, que los hechos contradicen tan categóricamente es además absurda *a priori*. ¿Qué relación hay entre saber que ciertos grupos de signos representan ciertas palabras y adquirir un sentimiento más elevado del deber? ¿Cómo sucede que la facilidad que se adquiere para formar signos que representen sonidos fortifique la voluntad de obrar bien? ¿Cómo el conocimiento de la tabla de multiplicar o de las reglas de adiciones y divisiones puede desarrollar los sentimientos simpáticos, hasta el punto de enfrenar la tendencia a hacer daño al prójimo? ¿Cómo las reglas de ortografía, el análisis gramatical o las noticias geográficas pueden aumentar en el hombre el respeto a la verdad? No hay más relación entre esas causas y esos efectos que la que habría entre la gimnástica, que prescribiese el ejercicio de los dedos para fortalecer las piernas. El que se propusiese enseñar la geometría dando lecciones de latín o que, dibujando, creyese aprender el piano, correría peligro de ser encerrado en una casa de locos, y no sería; sin embargo, más irracional que aquéllos que se proponen mejorar los *sentimientos*, disciplinando y fortaleciendo las *facultades intelectuales*.

III. UNA OJEADA A LOS ESTADOS UNIDOS

Haciendo el historiador Cantú el retrato de Roma a la muerte de Cesar, Dice:

Si alguna vez se demostró hasta la evidencia, que *no consiste el bienestar de una sociedad en las mejoras materiales*, fue verdaderamente entonces...Magníficos caminos atravesaban la Italia y el imperio, se abrían canales o puertos, acudían extranjeros de remotos y distintos países a Roma, como al centro del saber, del poder y de la civilización, y el mundo pagaba tributo a aquella ciudad con sus mercancías y su dinero. Pero bajo aquel lustre exterior, ¡cuántas llagas!¹¹.

Esta sabia observación entraña una doctrina saludable, que, por más que los hechos la confirmen, apenas se deja oír hoy en día en medio del estrépito que levantan los atolondrados aplaudidores del progreso material de los pueblos. En medio de ese progreso ya germinaba en Roma el principio de una decadencia inatajable. Un instintivo sentimiento religioso y la severidad de costumbres adquirida en la vida del campo dieron fuerza y salud a Roma en su infancia, pero, llegada a la mayor edad, la invadió el naturalismo que, corrompiendo las ideas y degradando los caracteres, la condujo como era natural a la servidumbre. En vano emperadores como Augusto y Trajano se esforzaron más adelante por contener la corrupción. Sólo por el cristianismo son sanables los pueblos adultos corroídos por el vicio. Sólo el cristianismo, avanzando lentamente, puede curar y reconstruir las sociedades.

La secta de Epicuro (dice Montesquieu; óiganlo los utilitaristas) que se introdujo en Roma *hacia el fin de la república*, contribuyó poderosamente a depravar el entendimiento y el corazón de los romanos. Antes había predominado ya esa secta entre los griegos, quienes por esta razón se corrompieron primero¹².

¹¹ *Historia universal*, traducción de Cuesta, Madrid, 1854, tomo II, pag. 286.

¹² *Grandeza y decadencia de los romanos*, tomo X.

Por la austeridad de costumbres de sus años infantiles por su pujanza física, su rápido desarrollo, su juvenil amor a la libertad y su fuerza de asimilación para incorporar en sí mismo extraños elementos, la república de los Estados Unidos es en nuestros días semejante a lo que fue en otras edades el pueblo romano. Ha admitido en su seno la pluralidad de cultos, como reunió Roma en su Panteón con los dioses propios los extranjeros, sin lograr con esta cosa que labrar el descrédito de la religión y la ruina de la moral pública, concediendo a los que fuesen errores el mismo derecho que a lo que fuese verdad y presentando en público espectáculo a ésta como a aquéllos, cual variadas e inocentes invenciones de la humana fantasía. Que si el catolicismo avanza en los Estados Unidos, su progreso nace de la virtud conquistadora que le dio su Fundador y no de la libertad de cultos promulgada por el Estado. Nace de esta libertad, la indiferencia en materias religiosas, la relajación de todo juramento sagrado, y viene el reino del positivismo, que reduce toda moral a la máxima *to make money*, fidelísima traducción del *Quaerenda pecunia primum* del epicureísmo romano.

La misma coexistencia de progreso material y corrupción moral, que observa Cantú en su retrato de Roma a la muerte de César, nótase en la fisonomía actual de los Estados Unidos. Y singular coincidencia: en este año, al celebrar esa nación el centenario de su independencia, pasando revista a sus progresos, materiales en la grande exposición de Filadelfia, parece como si ex profeso los hombres públicos de ese país se hubiesen dado cita para concurrir a la fiesta con espléndidas muestras de la corrupción, que devora la sociedad política. Y si ojos superficiales en la fiesta del centenario admiran los primores de la industria, los inteligencias previsoras, los hombres serios se embebecen contemplando con tristeza y pavor las llagas del cuerpo social. La misma prensa periódica, frívola de suyo, no ha podido menos de hacer en Inglaterra, como en Francia y en Alemania, melancólicas reflexiones sobre la actual situación de los Estados Unidos. Citaremos algunos diarios.

El *Daily News*, recordando los juicios sobre los fraudes del whisky, el escándalo de la mina *Emma* y la caída de Belknap, decía meses ha, que todos estos hechos desgarraban el velo que cubría a cierta clase de la sociedad juzgada generalmente, antes de ahora, exenta de las impurezas de las capas sociales inferiores. Añadía que estos escándalos dan lugar a temer que algunos de los crímenes más vergonzosos del gobierno municipal se hayan infiltrado en la administración federal.

El *Telegraph* dice: "Descubrimientos sobre descubrimientos, acusaciones sobre acusaciones de diversos grados de verosimilitud, pero todas de aspecto vergonzoso y repulsivo, han asombrado últimamente las instituciones comerciales, religiosas, judiciales y administrativas de los Estados Unidos. Algunas de ellas han resultado ser falsas, otras verdaderas y muchas están todavía por resolver, pero el efecto general ha sido, sin duda alguna, hacer subir los colores de la vergüenza al rostro de todos los americanos honrados y reducir al silencio y a la tristeza a los innumerables amigos de la república en aquel país, mientras que sus enemigos se gozan con estas múltiples revelaciones".

El autor de una serie de excelentes artículos sobre la república de los Estados Unidos, publicados recientemente en *La Défense Sociale*, describe a grandes rasgos la corrupción que invade la vida pública y la privada en ese país, para azote de todos y escándalo de los buenos americanos. Echemos un velo sobre ese cuadro vergonzoso, sobre ese cúmulo de estragos que, bajo el nombre demasiado benévolo de "moderno progreso y civilización moderna", ha reprobado la Santa Sede e investiguemos sus causas siguiendo al escritor citado.

La principal causa, dice, de desmoralización tan espantosa es faltar una creencia fija y dominante. En América hay una infidelidad de religiones, lo que equivale a no haber religión. Por una parte la Francmasonería se ha deslizado entre los espíritus fuertes, entre los políticos, letrados y periodistas, y extendiendo sus ramificaciones sobre la mayor parte de la Unión con los nombres pomposos de unitarismo, universalismo, racionalismo, engendra en todas partes libres

pensadores, comuneros, sin más ley que la de la materia ni otra moral que la de los brutos. Por otra parte el libertinaje del espíritu ha dado origen entre los protestantes a un diluvio de sectas, cual más ridículas por más que se denominen religiosas: metodistas, luteranos, anglicanos, episcopales, presbiterianos, congregacionistas, morayos, cuáqueros, westleyanos, bautistas, milenarios, sabaterianos, putneyistas, swedemborgianos, etc., etc., etc. Número incontable. ¿Y qué dirá un hombre positivo. Como es el americano, al hallarse cara a cara con tantas doctrinas contradictorias? ¿No se indinará a juzgar que las verdades del cristianismo son invenciones humanas? ¿No se creará él mismo autorizado a ensayar la suya? ¿Y qué no ha inventado en efecto? Nadie ignora lo que son los mormones; esos santos del último día, cuyos sensuales apetitos han implantado la ley de Mahoma a orillas del lago Salado y que también saben enriquecerse al mismo tiempo que practican la poligamia. También hay tembladros que, por acelerar el fin del mundo, no se casan; partidario del *free love* que, por otro motivo todavía menos publicable, tampoco se casan; los perfeccionistas pantógamos, que se casan a destajo; los espiritistas, en fin, que se casan o no, según las inspiraciones que reciben, pero que no son más morales en el uno que en el otro caso. ¿Qué pueblo podrá resistir a tal invasión de sectas, a inundación semejante de depravadas doctrinas?

Tales son los frutos naturalísimos de la libertad e cultos; tan decantada por los liberales puros y por los incomprendibles católico-liberales.

Tiene el mal otra causa, prosigue el escritor, y no la menor ciertamente, en el sistema de educación e instrucción adoptados en los Estados Unidos. Hace algunos años que el gobierno ha entronizado el sistema *unsectarian*, o sea de enseñanza laica. Hay además multitud de escuelas mixtas, verdaderas oficinas de desmoralización.

Hemos hecho las anteriores transcripciones para autorizar nuestro juicio con las palabras de escritores extranjeros, a fin de que se vea que no tratamos de acomodar las cosas a nuestras ideas, sino que éstas están de acuerdo con los hechos y con el modo como los juzga cualquier observador desapasionado.

Las dos causas, que el escritor de la *Défense* asigna a la corrupción moral y política de los Estados Unidos, están estrechamente conexas y manan de una misma fuente.

El mal radical está allí en la diversidad de creencias en la pluralidad de cultos, de donde nacen, como consecuencias forzosas cuanto desgraciadas, el indiferentismo del gobierno y el carácter laico de las escuelas oficiales. Como a ellas se supone fundadamente (atendido el estado pluriculturalista de la sociedad) que han de asistir niños de toda creencias, o hay que enseñarle a cada uno separadamente los principios de su religión, tarea difícilísima e impropia sobremanera, pues no puede un mismo maestro tener misión para enseñar diversos y contrarios credos, y enseñándolos, como quien da lecciones de diferentes mitologías, inculcaría implícitamente el indiferentismo, o hay que prescindir de la enseñanza de religión, lo cual no es menos escandaloso y funesto. Lo mejor y más lógico sería que el gobierno nada enseñara y dejase este ramo a cargo del interés privado.

Así que en los Estados Unidos, como otras veces, lo hemos hecho notar, la pluralidad de religiones es un mal social que, no existiendo entre nosotros por fortuna, no debiera servir aquí de pretexto para establecer el indiferentismo oficial y la escuela laica, que al cabo se convierte en medios de persecución contra el catolicismo, única religión que profesan los colombianos. Lo que en los Estados Unidos es un hecho natural, fecundo en funestas pero lógicas consecuencias, en Colombia es un hecho artificial, una teoría exótica, una quimera traída por mal intencionados sofistas, que con ella se empeñan en labrar la anarquía de las ideas y la corrupción de las costumbres.

No hay sistema de gobierno que requiera tantas virtudes cívicas como el republicano; así es que la república en los Estados Unidos agoniza y asoma el cesarismo, lo mismo que en la antigua Roma. Los ambiciosos se han apoderado de la cosa pública, los hombres honrados y las gentes ricas, disgustadas de la democracia, ven con horror los destinos públicos y miran con cierta indiferencia el establecimiento de *La Unión Pacífica* y los trabajos de reelección del presidente, en que ha impendido la administración 5.000.000 de dólares. Con esa abstención favorecen el cambio

radical que va a operarse en las instituciones. Pero no está en las formas de gobierno ni el mal ni el remedio de una sociedad lacerada. Morirá la república y no morirá la ciencia; las reelecciones prepararán el camino a la apropiación del poder, pero los césares no darán al pueblo enfermo la salud que necesita.

Pero si el catolicismo en Roma, en tiempo de los primeros Césares, era semilla apenas depositada literalmente debajo de tierra en las catacumbas, que tardarían en brotar y multiplicarse, en los Estados Unidos es hoy árbol frondoso. Bajo su sombra, se acogen nueve millones de creyentes que, aumentándose día por día, moralizarán la sociedad civil y amoldarán al cabo al espíritu cristiano las instituciones políticas. Ya empiezan por su número a inspirar temores a los ambiciosos y celos a la autoridad civil.

Convencidos allí los católicos de que en la escuela, como en una turquesa, se forman las generaciones buenas o malas, han abierto cruzada contra la instrucción laica, cuyos efectos perniciosos están a la vista de todos. Hecker, el ilustre pensador que redacta el *Catholic World*, ha llamado a la instrucción laica "la gran maldición del siglo"; el señor Mac Quaid, obispo de Rochester, hace en Boston un discurso contra la instrucción laica, que produce impresión profunda en el inmenso auditorio. El descrédito de las escuelas oficiales vuela y hace camino entre los hombres juiciosos y se propaga, porque se apoya en hechos. Al mismo tiempo las escuelas católicas se multiplican y prosperan maravillosamente. La guerra de las ideas, que durará mientras combatan el bien y el mal, da sus mejores batallas en el campo de la educación, que es el del porvenir, y en la competencia de la escuela libre con la escuela oficial, de la doctrina católica con la enseñanza laica, se decidirá de la suerte de los pueblos

El Tradicionista, Bogotá, Año V, Trimestre III, 18 de julio de 1876, núm. 513, pág. 1467; 25 de julio, núm. 515, pág. 1475; 1° de agosto, núm. 517, pág. 1483.